

Una de las características más apreciables del estilo maduro de Martín Caballero es el abigarramiento de sus composiciones. Como él mismo nos ha declarado, no puede ni quiere evitar su inclinación a colmar la superficie del cuadro.(1) Y así, de ese *horror vacui* suyo nacen las más variadas figuras ajenas a la lógica de la forma y de la proporción, pululando por doquier animales, plantas, astros u objetos animados, pues cualquier superficie es buena para engendrar curiosas mixturas fuera de contexto que se metamorfosean integrándose en el motivo central: un pez o un huevo frito que son ojos, una media luna que es boca o un bocadillo que es boina. Es una estética del capricho, del gusto por el disparate, como en las geniales composiciones de sus admirados Brueghel o El Bosco.

Como en las obras de los maestros citados, las pinturas de Martín Caballero integran, a modo de constelación, un contenido central alrededor del cual giran otras pequeñas escenas y personajes que constituyen así un sistema de representación en el que no está ausente cierto divertimento plástico entre surrealista y *naïf*.

Esta obra data de un periodo, el de la transición a la democracia, caracterizado por una intensa ideologización de la cultura, terreno preferido para el combate político. El escultor Ramón de Soto, amigo por entonces del artista, presentaba a éste con las siguientes palabras: “Martín se adscribe al amplio movimiento de artistas y de trabajadores de la cultura que hemos decidido libremente, porque somos conscientes de nuestra necesidad y de las necesidades históricas de nuestros pueblos, el ponernos y en poner nuestro arte a su servicio. Por eso pretendemos basarnos y nos basamos en éstos como objetos y sujetos de nuestro trabajo cultural.”(2) Pero, a pesar de las inevitables deudas de origen, la voz de Caballero se distancia de las concepciones esquemáticas para mostrarnos en este retrato *archimbóldico* un representante real de ese pueblo objeto de tantos servicios bienintencionados. *El sueño del proletario* es un retrato tierno a la vez que cáustico del obrero alienado cuyas necesidades sentidas son menos históricas y más vulgares que las imaginadas por los colectivos culturales antifranquistas.

NOTAS

1 Conversación con el pintor, Valencia, 14 marzo 2000.

2 “Introducción”, en *Martín Caballero. Expresionista* [cat. exp.], Alcoy, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, 1976, p. 3.